

El progreso común, una consecuencia del amor

La encíclica *Fratelli tutti* del Papa Francisco se enmarca, de manera muy particular, en continuidad con el magisterio del Papa Benedicto XVI. Más allá de las diferencias de estilo propias del modo de escribir de cada uno de los pontífices, ésta última encíclica del actual Papa muy bien podría pensarse como una continuación, o avance en el camino propuesto por Benedicto en *Deus caritas est*. Efectivamente en ambas encíclicas el tema principal sobre el cual se reflexiona es el amor. El amor es la base sobre la cual se desarrolla la exposición y de la cual se desprenden todas las afirmaciones y propuestas que encontramos en ambas encíclicas.

Si bien el tema que nos ocupa en esta exposición es el progreso común propuesto en *Fratelli tutti*, a esta cuestión la abordamos en tanto que es expresión o puesta en obra del amor. Es por eso que antes de llegar a esta conclusión debemos, necesariamente detenernos en lo que el Santo Padre Francisco nos propone como fundamento del progreso común, el amor.

La encíclica, en su introducción, presenta una idea madre de la cual se desprende toda la reflexión que poco a poco se irá desarrollando, Dios es Amor y por amor nos ha creado. Y nos ha creado para amar, a tal punto que el ser humano no puede alcanzar su plenitud si no es amando. Esta es una de las grandes conclusiones que pueden inferirse las palabras del Papa. Dios quiere la felicidad del hombre que se alcanza solamente a partir del amor. El mandamiento del amor a Dios y al prójimo no está motivada por la exigencia de una necesidad divina sin la cual la divinidad se ve afectada o disminuida, sino que responde al deseo de Dios de vernos felices y plenos. Porque en su naturaleza el amor se orienta a la búsqueda del bien y la felicidad de la persona amada. Fuimos hechos para amar, y por eso Dios nos invita a vivir el amor.

Ante la pregunta ¿a quién debo amar? Jesús responde con la parábola del buen Samaritano. En este sentido el sumo pontífice advierte desde el inicio otra consecuencia que brota del hecho de haber sido creados por amor. Si Dios es

nuestro Padre porque nos ha creado a todos, entonces, todos los hombres somos hermanos. Existe por lo tanto, una **fraternidad universal** que nos compromete en el amor. Esta idea se va a repetir casi en cada párrafo de la encíclica.

Efectivamente el amor que propone Jesús es un “amor de decisión” que tiene algunas características fundamentales, estas son la universalidad y la gratuidad. Estas características que en cierta forma definen al amor cristiano son la gran novedad del mensaje de Jesús. Que el amor sea universal implica aceptar que es para todos, no solamente para aquellos con los que comparto la fe y los ideales. No solamente con aquellos que tienen mi misma nacionalidad, ni solamente con aquellos que he logrado construir una amistad creando lazos de afecto recíproco. El amor que propone Jesús, es un amor universal en el sentido estricto de la palabra. Un amor como el que inspiró a San Francisco a llamar hermanos incluso al sol y a la luna. A su vez para que el amor sea universal necesariamente tiene que ser gratuito. Esto significa que no puede ser la consecuencia de un obrar previo, ni siquiera de un obrar posterior. “Si aman solamente a los que los aman ¿qué mérito tienen, no hacen lo mismo los paganos?” pregunta Jesús a sus discípulos. (cfr. Lc 6, 27-38). El amor cristiano no es un amor que se merece, sino que se da sin esperar nada a cambio. O dicho de otra manera, el amor cristiano se da aún sabiendo que a cambio se puede recibir desprecio y cruz. Sin embargo se da todos modos, porque en su naturaleza más íntima se halla la necesidad de salir al encuentro del otro a quién el cristiano, por la fe, sabe su hermano. Más allá de todas las diferencias que puedan existir el otro es un hermano. Si todos los hombres son hijos de Dios, entonces todos los hombres son hermanos entre sí. Y si todo hombre es mi hermano entonces todo hombre se convierte en mi prójimo al que debo tender una mano si lo veo necesitado. Esto independientemente de su fe, su nacionalidad o sus convicciones. La fraternidad está por encima de todas estas diferencias.

La universalidad del amor que nos convierte en hermanos a su vez nos compromete a reconocer la dignidad de todos los hombres. Reconocer y promover la dignidad de toda persona superando cualquier frontera, sea política o ideológica. Y comprometerse de esta manera con todos y cada uno sin licuar la

identidad de nadie. Porque el amor propuesto por Jesús me transforma en prójimo del otro y por lo tanto defensor de la identidad de mi hermano. A este punto es preciso aclarar que un amor universal no es sinónimo de un amor abstracto. “Tampoco estoy proponiendo un universalismo autoritario y abstracto, digitado y planificado por algunos y presentado como un supuesto sueño en orden a homogeneizar, dominar y expoliar. Hay un modelo de globalización que «conscientemente apunta a la uniformidad unidimensional y busca eliminar todas las diferencias y tradiciones en una búsqueda superficial de la unidad. [...] Si una globalización pretende igualar a todos, como si fuera una esfera, esa globalización destruye la riqueza y la particularidad de cada persona y de cada pueblo». Ese falso sueño universalista termina quitando al mundo su variado colorido, su belleza y en definitiva su humanidad”. (FT 100). Esto incluye por supuesto el reconocimiento de la dignidad y el derecho a la vida de los niños aún no nacidos los cuales son nuestros hermanos y necesitan especialmente de nuestro cuidado. Ante la realidad del aborto no podemos pasar indiferentes sin detenernos a ayudarlos.

Entender que todos somos hermanos y que eso nos compromete en el amor, implica la búsqueda del bien de todos. Sabernos hermanos nos permite superar la desconfianza que surge de ver al otro como un enemigo potencial. Recorrer este camino implicará, por lo tanto, en primer lugar dejar de ver al otro como un adversario o como una competencia negativa y peligrosa, cuya presencia me obliga a aislarme o a pasar de largo cuando alguien me necesite. En este sentido el Papa Francisco insiste, cada vez que puede, en la necesidad de pasar del “yo” individualista al “nosotros” y del nosotros pasar al “nosotros todos”. Dado que sólo en el nosotros todos podemos reconocernos hermanos, hijos de un mismo padre. Solo en el amor podemos superar el miedo que nos encierra. Desde aquí afirma el sumo pontífice “invito a ir más allá de esas reacciones primarias, porque el problema es cuando esas dudas y esos miedos condicionan nuestra forma de pensar y de actuar hasta el punto de convertirnos en intolerantes, cerrados y quizás, sin darnos cuenta, incluso racistas. El miedo nos priva así del deseo y de la capacidad de encuentro con el otro”. (FT 41).

Tal como lo dijimos al principio, el tema que inspira esta reflexión se fundamenta en la fe en Dios Padre que nos ha creado por amor y que por medio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo, obrada por el Espíritu Santo, nos ha hecho sus hijos, hermanos entre nosotros. Somos hijos de un mismo Padre que nos ha creado para amar, y amar es darse, entregarse a los demás. Solo podemos alcanzar la plenitud de nuestra naturaleza en la entrega de nuestro ser a la búsqueda del bien del otro, de los otros. Nuestra esencia más íntima se manifiesta en el salir de nosotros, en la comunicación del amor que Dios ha puesto en nuestros corazones. Así como sucede ad intra en la Santísima Trinidad que reconocemos a las Personas Divinas por sus relaciones eternas, así los seres humanos expresamos también nuestra esencia más profunda cuando somos capaces de relacionarnos a partir del amor. En este salir, encontrarse, darse en el amor se expresa nuestra identidad de hijos del Padre y hermanos entre nosotros que a su vez expresa esa imagen y semejanza con El Creador. El obrar sigue al ser, somos capaces de amar y somos más plenamente amando.

Un verso escrito por el Padre Julián Zini propone que el amor es “procurar para mi hermano lo mismo que procuro yo alcanzar”. Desde la óptica del amor universal el progreso necesariamente tiende a ser común. Porque exige, ante todo, la búsqueda del bien para todos, por encima de las mezquindades y egoísmos que hacen que no siempre se valore la dignidad de todos. “Todo ser humano tiene derecho a vivir con dignidad y a desarrollarse integralmente, y ese derecho básico no puede ser negado por ningún país. Lo tiene aunque sea poco eficiente, aunque haya nacido o crecido con limitaciones (...) Cuando este principio elemental no queda a salvo, no hay futuro ni para la fraternidad ni para la sobrevivencia de la humanidad”. (FT 107). Solo a partir del amor puede dejar de ser “el hombre lobo del hombre” y comenzar a vivir “el hombre hermano del hombre” recuperando los valores éticos que manan de la vivencia del amor. Lo dice el Papa cuando propone pasar de una sociedad a una fraternidad. Esto es dejar de ver al otro como un socio para considerarlo un hermano. Entonces así vivir la solidaridad que es una manera de ser hermano, un modo práctico de vivir el amor fraternal.

Desde esta fraternidad es posible comprender que el Padre ha hecho el mundo para que fuera la casa de todos y por lo tanto los bienes son desde su origen bienes universales. Y es tarea de los hermanos trabajar para que todos tengan acceso a los bienes que les pertenecen. Esto, sin embargo no significa una negación de la propiedad privada, ni del valor del trabajo, sino una apuesta por la corresponsabilidad de todos los hombres por ayudar a que cada persona en el mundo pueda acceder a los bienes que precisa para vivir dignamente. Así el progreso de cada uno debe promover el progreso de todos. “Dios nos promueve, espera que desarrollemos las capacidades que nos dio y llenó el universo de potencialidades. En sus designios cada hombre está llamado a promover su propio progreso, y esto incluye fomentar las capacidades económicas y tecnológicas para hacer crecer los bienes y aumentar la riqueza. Pero en todo caso estas capacidades de los empresarios, que son un don de Dios, tendrían que orientarse claramente al desarrollo de las demás personas y a la superación de la miseria, especialmente a través de la creación de fuentes de trabajo diversificadas. Siempre, junto al derecho de propiedad privada, está el más importante y anterior principio de la subordinación de toda propiedad privada al destino universal de los bienes de la tierra y, por tanto, el derecho de todos a su uso”. (FT 123). Todo hombre debe trabajar por su propio derecho a progresar y también por el derecho de sus hermanos ya que si el amor es universal, los derechos también lo serán.

Para ir finalizando, es interesante notar que el Papa Francisco es consciente de que la propuesta de una fraternidad universal puede sonar a utopía, o al menos a un sueño irrealizable, que puede sonar muy lindo pero que no tiene posibilidades de ser. Sin embargo esta propuesta, o este sueño, no es un invento del Papa Francisco. Es el sueño de San Francisco de Asís en Europa al igual que es el sueño de Bartolomé de las Casas en América Latina. Ambos, en su época, fueron considerados revolucionarios y soñadores y sin embargo lograron con su aporte un gran cambio en el mundo. Tampoco hay que olvidar que este mismo sueño, más originalmente aún, le pertenece a Jesús de Nazaret y en Él reside la fundada esperanza de que un día se logre cumplir.

Pbro. Lic. Gervacio Silva
Profesor de Teología I
Ucami

